

blandura de los representantes del pueblo comisionados en aquella ciudad. Se hubiera creído que un odio personal le animaba contra Lyon. Se decía que había empezado su carrera de cómico en aquella ciudad, donde había sido silbado por su escaso mérito por los espectadores; que su resentimiento como actor existía y fermentaba aún en el alma del representante, y que queriendo vengar á la república, vengaba su orgullo ultrajado. Dubois-Crancé apoyaba la elocuencia de Collot-d'Herbois con su testimonio. Un día llevó á la tribuna de los Jacobinos la cabeza de Chalier, mostrando con el dedo puesto sobre el cráneo de aquel infeliz las señales de los cinco golpes de la cuchilla de la guillotina que había mutilado ántes de matar al ídolo de los revolucionarios lyoneses. Guillard, amigo de Chalier, levantó los brazos hácia el cielo al ver aquel espectáculo, y exclamó: «¡En nombre de la patria y de los hermanos de Chalier, pido venganza de los crímenes de Lyon!»

## V

Couthon y sus colegas se determinaron, en fin, á ceder á las instancias de la Montaña, y reorganizaron los comités revolucionarios. Couthon les invistió del derecho de pesquisa, de vigilancia y denuncia contra los federalistas y realistas; ordenó visitas domiciliarias y de imposición de sellos en las casas de los sospechosos; pero acompañó todas estas medidas de condiciones y prescripciones que neutralizaban en parte su efecto. En fin, Couthon cumplió, pero sólo en la apariencia, el decreto de la Convención que determinaba la demolición de los edificios. Fué con grande aparato, acompañado de sus colegas y de la municipalidad, á la plaza de Bellecour, más particularmente designada á ser demolida por la opinión de sus habitantes y por el lujo de sus edificios, conducido en un sillón como sobre el trono de las ruinas por cuatro hombres del pueblo. Couthon golpeó con un martillo de plata la piedra angular de una de las casas de la plaza, pronunciando estas palabras: «Yo te destruyo en nombre de la ley».

Una porción de indigentes cubiertos de harapos, y multitud de jornaleros y albañiles, llevando azadas, palas, palancas y hachas, formaban la comitiva de los representantes. Estos hombres aplaudieron anticipadamente el derribo de aquellas moradas cuyas ruinas iban á remediar su necesidad; pero Couthon, satisfecho de haber dado esta señal de obediencia á la Convención, impuso silencio á aquella turba y la despachó. Las demoliciones fueron diferidas hasta que los habitantes de la plaza hubiesen transportado á otra parte sus muebles y demas efectos.

Después de la ceremonia, los representantes dieron un decreto intimando á las secciones que alistasen cada una treinta demoledores, proveyéndoles de las herramientas, carros y carretones necesarios para el transporte de los escombros. Las mujeres, los muchachos y los viejos fueron admitidos según sus fuerzas para esta obra, y se les señaló un jornal á expensas de los propietarios expoliados; pero aún no se empezó á demoler. Couthon, reprendido de nuevo por el comité de salud pública por la lentitud de sus ejecuciones, y culpable á los ojos de los jacobinos de la sangre que no quería derramar, advertido además de la próxima llegada de otros representantes encargados de acelerar las venganzas, escribió á Robespierre y á Saint-Just, suplicando á sus amigos que le librasen del peso de una misión que angustiaba su alma, y que le enviasen á la parte del Mediodía. Robespierre

llamó á Couthon, y su partida fué la señal de las calamidades de Lyon. La sangre, cuyo derrame detenía, se desbordó. Los representantes Albitte y Javogues llegaron. Dorfeuille, presidente de la comisión de justicia popular, hizo colocar la guillotina en la plaza de Terreaux y en el pueblo de Feurs, otro de los focos de las venganzas nacionales, en el corazón de las montañas insurreccionadas.

Dorfeuille presidió, á la cabeza del club central, una fiesta fúnebre consagrada á los manes de Chalier. «¡Ha muerto,—dijo Dorfeuille,—ha muerto por la patria! ¡Juremos imitarle y castigar á sus asesinos! ¡Ciudad impura, no ha sido bastante para tí el haber infestado durante dos siglos con tu lujo y tus vicios á Francia y á Europa! ¡Te era necesario degollar la virtud! ¡Monstruos! ¡Han cometido esta maldad y aún respiran! ¡Chalier, te debemos una completa venganza, y la obtendrás! ¡Mártir de la libertad, la sangre de los malvados es el agua lustral que conviene á tus manes! Aristócratas fanáticos, serpientes de las cortes, negociantes ávidos y egoístas, mujeres perdidas de lujuria, de adulterios y de prostitución, ¿qué le teníais que echar en cara? ¡La exageración, el patriotismo exaltado y una popularidad peligrosa! ¡Miserables! ¡Así os arrogais el derecho de señalar los límites adonde deben detenerse el amor á la patria y el reconocimiento hácia el pueblo! ¡Así anunciábais que el Eterno había puesto en vuestras manos la escuadra y el compás de las virtudes humanas! ¡Ah! ¡Si no podíais comprenderlas, debíais al ménos no haberlas asesinado! Ellos cantaron en su suplicio. ¡Oh pueblo, llora tú hoy en su triunfo! ¡Oh vosotros, ciudadanos, que formais aquí en grupo á mi derecha! En esta misma plaza fué en donde Chalier dejó de existir, aquí es en donde murió con la muerte de los criminales el más inocente de los hombres. ¡Oh vosotros, ciudadanos, que formais grupo á mi derecha, vosotros estais pisando su sangre! Escuchad sus últimos acentos; por mi conducto va á hablaros por última vez. ¡Ciudadanos, escuchad!»

Dorfeuille leyó entonces, en medio de los llantos y de las imprecaciones de la multitud, una carta escrita por Chalier en el instante de subir al cadalso. La despedida á sus amigos y á la mujer que amaba estaba llena de lágrimas; la despedida de sus hermanos los jacobinos sólo respiraba entusiasmo. La libertad, la democracia y la religión se mezclaban en una confusa invocación de Chalier al pueblo, á Dios y á la inmortalidad. La muerte solemnizaba aquellas palabras, y el pueblo las recogió como un legado del patriota.

## VI

Al día siguiente, Dorfeuille presidió por primera vez el tribunal. Los suplicios comenzaron con los juicios. Albitte y sus colegas, que acababan de suceder á Couthon, llamaron al ejército de Ronsin, y formaron otro semejante en cada uno de los seis departamentos vecinos. La misión de estos ejércitos, reclutados entre la hez del pueblo, era generalizar en toda la superficie de aquellos departamentos las medidas de inquisición, de expoliación, de prisión y de asesinatos jurídicos, cuyo centro iba á ser Lyon. Dentro y fuera de sus muros los fugitivos no encontraban sino asechanzas, los sospechosos delatores, y los acusados verdugos. Millares de presos de todas condiciones, nobles, sacerdotes, propietarios, negociantes y labradores, llenaron en pocos días las cárceles de aquellos departamentos, saliendo de

ellas en columnas y á carretadas para Lyon. Allí, cinco vastos depósitos los recibían por algunos días, para lanzarlos en seguida al cadalso. El vacío se formaba y volvía á llenarse sin interrupción. La muerte mantenía este nivel.

En el número de aquellas víctimas supliciadas en sus cuerpos ó en sus almas ántes de la edad del crimen, se hizo notable una huérfana niña aún, llamada la señorita Alejandrina de Echerolles, privada de su madre por la muerte y de su padre por la fuga. Todos los días iba á la puerta de la cárcel de las reclusas á solicitar con lágrimas el permiso de ver á una tía que le había servido de madre, y que estaba en un calabozo. Bien pronto la vió conducir al suplicio y la siguió hasta el pié del cadalso, pidiendo en vano morir con ella. Despues se han debido á esta niña algunas páginas de los sucesos más dramáticos y más patéticos de aquel sitio. Semajante á la jóven Juana de la Force, historiadora de las guerras de religion de 1622, y á la heroica y sencilla madama de Larochejaquelein, escribió con la sangre de su familia y con sus propias lágrimas la relacion de las catástrofes que había presenciado. Las mujeres son los verdaderos historiadores de las guerras civiles, porque no tienen más causa que la de su corazón, y porque los recuerdos conservan en ellas todo el calor de su pasión.

Juzgado Albitte de demasiado indulgente, se retiró como Couthon á la llegada de Collot-d'Herbois y de Fouché, nuevos procónsules designados por la Montaña. Ya era conocido allí Collot-d'Herbois, vanidad feroz que no veía la gloria más que en los excesos, y cuyos arrebatos nunca eran moderados por la razón. A Fouché no se le conocía, y se le tenía por fanático, pero no era sino un hombre muy astuto. Más cómico de carácter que lo era Collot-d'Herbois por su profesion, representaba el papel de Bruto unido al alma de Sejan. Criado en las costumbres del claustro, Fouché había contraído aquella flexibilidad servil que la humildad monacal imprime á los caracteres para hacerlos tan á propósito para obedecer como para mandar, segun las circunstancias. No había visto en la revolucion sino una potencia que adular ó explotar. Se adhería á la tiranía del pueblo, esperando el momento de adherirse á la tiranía de cualquier César. Este hombre presentía el porvenir. Entónces buscaba Fouché el modo de engañar á Robespierre aparentando amar á la hermana del diputado por Arras y que deseaba casarse con ella; pero Robespierre aborrecía á Fouché á pesar de sus halagos; conocía su incredulidad revolucionaria y su ateísmo, y quería seides de su fe, y no aduladores de su persona. Así es que apartaba á Fouché de su corazón y de su familia como si fuese un lazo. Fouché, afectando mucha exageracion de principios, se había ligado con Chaumette y con Hebert. Chaumette era de Nevers, y había hecho enviar á Fouché á aquella ciudad para propagar el terror. Los actos y las cartas de Fouché sobrepujaron en Nevers el idioma de los demagogos de París, borrando en pocos meses en aquellos departamentos la impresion de los siglos en las costumbres, en las leyes, en las fortunas y en las clases. Sin embargo, más ambicioso de republicanismo que sanguinario, había encarcelado más gente que la que había sacrificado, amenazaba más que hería. Los despojos de los ricos, de los emigrados, de los palacios, de las iglesias, los rescates de los sospechosos, los productos de sus exacciones, enviados por él á la Convencion y al ayuntamiento de París, atestiguaron la energía de sus medidas é hicieron cerrar los ojos sobre su tolerancia de opinion. Hería sobre todo á los ídolos mudos del antiguo culto

que había repudiado. Su impiedad se tenía por patriotismo. «El pueblo frances— escribia— no reconoce otro dogma que el de su soberanía y el de su poder.» Proscribió todo signo religioso hasta en los sepulcros, haciendo grabar la imagen del Sueño en el frontispicio de los cementerios, ordenando que no se pusiese en ellos más inscripcion que ésta: *¡La muerte es un sueño eterno!* Su ateísmo profesaba la nada.

## VII

Tales eran los dos hombres que la Montaña envió para presidir los suplicios de Lyon. Robespierre quiso que les acompañase Montaut, republicano inflexible pero



Demolicion de edificios en Lyon.—Pág. 218.

probo. Montaut, instruido por la suerte de Couthon de lo que podía esperar para sí mismo, se negó á marchar á su destino. Los dos representantes empezaron por acusar á Couthon por la dilacion de las demoliciones y de los suplicios. «Los acusadores públicos van á marchar,— escribieron;— el tribunal va á juzgar por tres en un día. Las minas van á acelerar las demoliciones.»

Collot había llevado consigo de París una colonia de jacobinos escogidos entre los más furibundos de aquella sociedad. Fouché llevó otra de la Nièvre, hombres todos ejercitados en las delaciones, endurecidos á las lágrimas y aguerridos al suplicio. Los representantes se habían hecho seguir de una porcion de carceleros extranjeros, con el objeto de que las relaciones de vecindad con los presos y la piedad natural entre compatriotas no corrompiesen la inflexibilidad de los carceleros de Lyon. Encargaron guillotinas como si fuesen armas para ir al combate, y pasea-

ron por la ciudad, para enardecer al pueblo, la urna cineraria de Chalier. Al llegar al altar que habian erigido á sus manes, se arrodillaron delante de aquellos restos. «¡Chalier!—exclamó Fouché.—¡La sangre de los aristócratas será tu incienso!»

Los signos del cristianismo, el Evangelio y el Crucifijo, seguian detras de la procesion, atados á la cola de un animal inmundo; luégo fueron arrojados en una hoguera que ardia en el altar de Chalier. Además, hicieron beber á un borrico en el cáliz del sacrificio, pisoteando despues las hostias. Los templos, que se habian reservado hasta entónces para el culto constitucional, fueron profanados con cánticos, bailes y ceremonias irónicas.

«Hemos fundado ayer la religion del patriotismo,—escribia Collot.—Se han vertido lágrimas á la vista de la paloma que consolaba á Chalier en su prision, y que parecia gemir al lado del simulacro. ¡Venganza! ¡venganza! gritaban en todas partes. Lo juramos, el pueblo quedará vengado, el suelo será trastornado, todo lo que el vicio y el crimen habian construido será demolido. El viajero no verá ya los restos de esta ciudad rebelde y soberbia, sino algunas chozas habitadas por los partidarios de la igualdad.»

## VIII

Al dia siguiente cayeron las cabezas de diez miembros del ayuntamiento. La mina hizo saltar los más hermosos edificios de la ciudad. Una instruccion patriótica, firmada por Fouché y por Collot á los clubistas de Lyon y de los departamentos del Loire y del Ródano para estimular su energía, reasumia de este modo sus derechos y sus deberes: «Todo les es permitido á los que obran en el sentido de la revolucion. El deseo de una venganza legítima se convierte en una necesidad imperiosa. Ciudadanos, es menester que todos los que han concurrido directa ó indirectamente á la rebelion lleven su cabeza al cadalso. Si sois patriotas, sabreis distinguir vuestros amigos, y os apoderareis de todos los demas. Ninguna consideracion debe deteneros, ni la edad, ni el sexo, ni el parentesco. Tomad como un impuesto forzoso todo cuanto tenga un ciudadano de inútil; todo hombre que posee más de lo que necesita para sus necesidades, no puede ménos de abusar de lo que tiene. Hay personas que tienen repuestos de paños, de lienzos, de camisas y de zapatos. Apoderaos de todo esto. ¡Con qué derecho guarda un hombre en sus armarios los muebles ó los vestidos superfluos? El oro, la plata y todos los metales preciosos deben pasar al tesoro nacional. Extirpad los cultos, porque el republicano no tiene más Dios que su patria. Todos los pueblos de la república no tardarán en imitar al de Paris, que sobre las ruinas de un culto gótico acaba de erigir un templo á la Razon. Ayudadnos á herir con grandes golpes, ó de lo contrario, sereis heridos por nosotros».

Estas proclamas de la venganza, del pillaje y del ateismo eran otros tantos vituperios indirectos dirigidos á Couthon, que habia usado un lenguaje tan distinto pocos dias ántes en la reunion popular. «Nuestra moral—habia dicho Couthon hablando de Robespierre y de su partido—no es la moral de esos falsos filósofos del dia, que no sabiendo leer en el gran libro de la naturaleza, creen en la casualidad y en la nada. Nosotros creemos en una Providencia, nosotros creemos en un Sér supremo, poderoso, justo y bueno por excelencia. Nosotros no le ultraja-

mos con ceremonias ridículas y forzadas: el homenaje que le tributamos es puro y libre.»

Conforme al espíritu de aquella proclama, Fouché y Collot crearon comisionados de confiscacion y de delacion, señalándoles treinta francos por cada denuncia. Esta suma era duplicada cuando se trataba de las cabezas principales, como las de los nobles, las de los sacerdotes y las de los religiosos y religiosas. No se entregaba el precio de la sangre sino al que dirigia en persona las pesquisas del ejército revolucionario y entregaba el sospechoso al tribunal. Una multitud de miserables vivian de este infame tráfico con la vida de las ciudadanos. Los sótanos, los graneros, las chozas, los bosques, las emigraciones nocturnas á las montañas vecinas, los disfraces de todo género eran inútiles para ocultar á los hombres comprometidos y á las trémulas mujeres á la inquisicion siempre vigilante de los delatores. El hambre, el frio, las fatigas, las enfermedades, las visitas domiciliarias y la traicion los entregaban al cabo de algunos dias á los sicarios de la comision temporal.

Los calabozos estaban atestados de presos. Al paso que los propietarios y los negociantes perecian, las casas caian á tierra á los golpes de los demoledores. Tan pronto como un delator indicaba una casa confiscada al comité de secuestros, el de demolicion lanzaba sus bandas de jornaleros contra sus paredes. Los mercaderes, los vecinos y las familias expulsadas de estas casas proscritas apénas tenian tiempo para evacuar su domicilio y para llevarse á los viejos, los enfermos y los niños á otra parte. Se veia todos los dias los picos empleados en derribar las escaleras, ó á los albañiles ocupados en destejar los edificios. Miéntras que los habitantes sorprendidos arrojaban sus muebles por las ventanas, y las madres llevaban las cunas de sus hijos por medio de los escombros de sus habitaciones, veinte mil trabajadores de la Auvernia y de los Bajos Alpes se empleaban en arrasar el suelo. La pólvora minaba los sótanos y los cimientos. El sueldo de los demoledores subia á cuatrocientos mil francos por década. Las demoliciones costaron quince millones de francos, y el daño causado por ellas representaba un capital de más de trescientos millones de valor en edificios.

Centenares de trabajadores perecieron envueltos bajo los trozos de paredes imprudentemente minadas. El dique de Saint-Clair, las dos fachadas de la plaza de Bellecour, los muelles del Saona, las calles habitadas por la aristocracia mercantil, los arsenales, los hospitales, los monasterios, las iglesias, las fortificaciones y las casas de campo de las colinas de los dos rios no ofrecian ya sino el aspecto de una ciudad destruida por el bombardeo despues de repetidos asaltos. Lyon, casi desierta, enmudecia en medio de sus ruinas. Los obreros, sin talleres y sin pan, alistados y pagados por los representantes á expensas de los ricos, parecian encarnizarse con el hacha en la mano sobre el cadáver de la ciudad que los habia alimentado. El estruendo de las paredes que caian, el polvo de las demoliciones que cubria la ciudad, el estampido de los cañonazos y del fuego por mitades que fusilaban ó ametrallaban á los habitantes, el chirrido de las carretas que desde las cinco cárceles de la ciudad conducian á los acusados al tribunal y á los sentenciados á la guillotina, eran las únicas señales de vida de la poblacion; el cadalso era su único espectáculo, y las aclamaciones de un pueblo andrajoso á cada cabeza que rodaba á sus piés era su única fiesta.

## IX

La comision de justicia popular, instituida por Couthon, se transformó á la llegada de Ronsin y de su ejército en tribunal revolucionario. A los dos dias de la llegada de aquellos cuerpos, compuestos más bien de lictores que de soldados de la república, las ejecuciones comenzaron, y continuaron sin interrupcion durante noventa dias. Ocho ó diez sentenciados por sesion morian, al salir del tribunal, sobre el cadalso, colocado constantemente frente á las gradas de la casa de ayuntamiento. El agua y la arena esparcidas todas las tardes despues de las ejecuciones alrededor de este sumidero de sangre, no bastaban á quitar las manchas del suelo. Un fango rojo y fétido, pisoteado sin cesar por un pueblo ávido de ver matar, cubria la plaza é infestaba el aire. En torno de este verdadero matadero de hombres sólo se respiraba la muerte. Las paredes exteriores del palacio de San Pedro y la fachada de la casa de la ciudad sudaban sangre. En las mañanas de las jornadas de Noviembre, Diciembre y Enero, que fueron los más fecundos en suplicios, los habitantes de aquel barrio veian elevarse del suelo empapado en sangre una nubecilla: ésta era la sangre de sus compatriotas inmolados el día anterior, la sombra de la ciudad que se evaporaba al sol. Dorfeuille, en vista de las reclamaciones de los vecinos de aquel distrito, se vió obligado á transportar la guillotina algunos pasos más léjos, situándola sobre un sumidero que estaba al descubierto. La sangre corria por medio de las tablas á un foso de diez piés de hondo, que la llevaba al Ródano con las inmundicias del barrio. Las mujeres que iban á lavar al rio se vieron precisadas á cambiar de sitio, para evitar que tanto sus ropas como sus brazos se tiñesen en un agua ensangrentada. En fin, cuando las ejecuciones, que se sucedian con tanta velocidad como las pulsaciones de un hombre irritado, se elevaron á veinte, á treinta y cuarenta por día, se colocó el instrumento mortífero en medio del puente Morand, sobre el rio. Se limpiaba la sangre y se arrojaban las cabezas y los troncos desde los pretiles á lo más rápido de la corriente del Ródano. Los marineros y los labradores de los islotes y de las playas bajas que cortan el curso del rio entre Lyon y el mar, encontraron por mucho tiempo cabezas y cuerpos de hombres encallados en aquellos islotes, atravesados entre los juncos y mimbreras de las orillas.

Aquellos supliciados eran casi todos de la flor de la juventud de Lyon y de las comarcas vecinas. Su edad era su crimen, y lo que les hacía sospechosos de haber combatido. Marcharon á la muerte con el ánimo de la juventud, como si marchasen al combate. En las cárceles, así como en los vivaes la víspera de las batallas, no habia más que un poco de paja sobre los ladrillos para que los presos reposasen algunos ratos. El peligro de comprometerse interesándose por su suerte ó de morir con ellos no intimidó ni á sus padres, ni á sus amigos, ni á sus sirvientes. El oro y las lágrimas que caian en las manos de los carceleros arrancaban entrevistas, conversaciones y despedidas supremas. Las evasiones eran frecuentes. La religion y la caridad, tan activas y tan valientes en Lyon, no retrocedian ni ante la sospecha ni ante el asco para penetrar en aquellos subterráneos y para cuidar á los enfermos, alimentar á los necesitados y consolar á los moribundos. Algunas mujeres piadosas compraban de los administradores y de los car-

celeros el permiso de entrar de criadas en los calabozos, llevando mensajes é introduciendo sacerdotes para auxiliar las almas y santificar el martirio; purificaban los dormitorios, barrían las salas, limpiaban los vestidos de la miseria, y enterraban los cadáveres; providencias visibles que se interponian hasta el último momento entre el alma de los presos y la muerte. Más de seis mil presos estuvieron á la vez en estos depósitos de la guillotina.



Fouché.

## X

Allí se hundió toda una generacion; allí se reconcentraron todos los hombres de condicion, de nacimiento, de fortuna y de opiniones distintas, que desde el principio de la revolucion habian abrazado partidos opuestos, y á los cuales la sublevacion comun contra la opresion reunió al fin en un mismo delito y en la misma muerte. Clero, nobleza, clase media, comercio, pueblo, todo se confundió allí. Ningun ciudadano contra quien pudiese elevarse un delator, un envidioso ó un enemigo, escapó de la cautividad. Pocos cautivos se libraron de la muerte. Todo el que tenia un nombre, una fortuna, una profesion, una fábrica, una casa en la ciudad ó en el campo, todo el que era sospechoso de participar de cualquier